

apegada con el cuerpo, de donde se le sigue ser bruta, fiera, recia, más semejante á bestia que á hombre; en la cual hay aquellos movimientos que se podrian llamar afectos, perturbaciones ó pasiones, como son arrogancia, envidia, malquerencia, ira, miedo, tristeza, codicia de todos los bienes que ella se imagina, gozos vanos y locos, y otras mil enfermedades. Esta parte inferior se llama tambien ánimo, aunque por ella no diferimos de las bestias. Y por ella nos desviamos y apartamos infinito de Dios, que es libre y exento de toda pasion, turbacion y enojo. La órden de la naturaleza es ésta: que la sabiduría gobierne y rija á todo el universo, y que todo cuanto vemos criado obedezca al hombre, y en el hombre el cuerpo sirva al ánimo, que así llamamos ahora la parte que dijimos que era inferior, y que ésta ande sujeta al entendimiento, y el entendimiento á Dios; y quien falta de seguir esta órden peca.

Así que, pecado es, en el hombre, que estas perturbaciones ó afectos se rebelen y amotinen, y que se levanten y encruelzcan, y que usurpen el gobierno y mando de todo el hombre, dejando y menospreciando el entendimiento y la razon; y pecadó es, que el entendimiento, dejando la ley de Dios, sirva al ánimo y al cuerpo.

CAPITULO VI.

De la doctrina.

Para que nos pudiésemos apartar del pecado, y seguir el verdadero camino de virtud, dotó Dios á la parte superior del ánimo de una virtud, ó fuerza, ó facultad, con que pueda entender, que ingenio se llama; con el cual descubre, examina y pesa todo lo que hay en cada cosa, y sabe que es lo que le cumple hacer ó lo que no.

Allende desto, dió Dios á esta misma parte *voluntad*, la cual, de su naturaleza, se endereza á seguir el bien que el ingenio descubrió, y aprobó el *juicio*; y no se contenta con cualquier bien de los comunes; no le hartan ni le satisfacen los bienes que comunmente llamamos; más alto vuela: á su solo y único sumo y verdadero bien se levanta, que es Dios, en el cual halla holganza, y fuera del cual nunca reposa. Ésta, no solamente es libre, mas es señora alto y bajo de todo cuanto hay en el ánimo; todo lo gobierna y trae á su mandar; y si ella quiere (como debe) guardar su preeminencia y libertad y derecho, no habrá en el ánimo parte alguna que le ose ó pueda resistir. Así que, el ingenio descubre la verdad, y si se ejercita y emplea en esto, como debe, y si es tratado, pulido y ayudado con comunicacion de lo que otros saben; quiero decir, con erudicion, y con doctrina, halla lumbré y conocimiento claro de muchas cosas, al cual (tomando el vocablo largamente) podemos llamar *ciencia*. La *voluntad* luégo abraza y sigue el bien que el *entendimiento* le mostró, y con el ejercicio de seguirle y procurarle, adquiere la *virtud*, de la cual despues hablaremos, en habiendo declarado cómo se ha de ayudar el *ingenio* con la doctrina.

El *ingenio* con muchas artes, así divinas como humanas, se labra y adelgaza, y alcanza á ser informado

con grande y admirable conocimiento de las cosas, para que, conociendo la propiedad, el valor y el precio de ellas, pueda más ciertamente enseñar á la *voluntad*, qué bien debe seguir, ó de qué mal se ha de guardar.

Huye pues de aquellas artes que son contrarias á virtud, como son las que por lo que hay en las rayas de las manos, y en el fuego ó en el agua, ó por cuerpos muertos ó por las estrellas, se profieren á adivinar lo que está por venir; porque hay en todas ellas una dañosa vanidad, hallada por nuestro enemigo el demonio engañador.

Y se tratan y profieren á cosas que reservó Dios para sí solo, que es el conocimiento de las cosas escondidas y venideras.

Tampoco nos hemos de levantar á inquirir la majestad de Dios, y los secretos que nuestro conocimiento no puede alcanzar, de los cuales nos apartó Dios.

La gloria de Dios es tan grande, que no puede dejar de perderse quien se levanta á escudriñar su majestad.

Y san Pablo nos manda que no sepamos más de lo que hemos menester, mas que sepamos moderadamente lo que cumple.

Y dice que no tiene licencia de decir aquellos secretos y misterios grandísimos que vió.

Y en la sabiduría nos mandan que no busquemos lo que se nos va de vuelo, ni escudriñemos lo que no podemos alcanzar; mas que siempre pensemos en lo que Dios nos manda, que es lo que á nosotros importa, dejando á él lo que le toca.

Huye de cualquier arte que el demonio enseña, con el cual (pues es enemigo de Dios) ni has de trabar compañía ni trato ni amistad.

Ni áun es bueno saber las opiniones de los filósofos ni de los herejes, que son contra nuestra religion, porque el demonio, astuto, no nos traiga en algun escrúpulo que, ó nos atormente mucho, ó al cabo venga á nos engañar y destruir.

No tomes en tus manos libros sucios, porque no te se pegue dello ningun mal.

Las ruines conversaciones ó las pláticas sucias estragan las buenas costumbres. Quitado esto que he dicho, es muy saludable, bueno y provechoso saber y aprender todo lo demas, con condicion que se enderece á su verdadero fin, que es á la virtud; quiero decir, si todo lo que sabes y lo que aprendes lo reduces para bien hacer.

Dios, por su infinita misericordia, nos dió y enseñó una doctrina divina, en que (sin faltar ninguno) se encierran todos los tesoros de la ciencia y de la sabiduría. Ésta es la que solamente da verdadera luz á nuestro entendimiento; todas las demas, con ésta comparadas, son como espesas tinieblas, y en fin, como cosas de hombres, que son de burla y de juego.

Mas estas doctrinas de los hombres, allende de la que Dios nos dió, se pueden leer y aprender, siquiera para que en su comparacion se vea mejor la claridad de la nuestra.

Tambien sirven para que en nuestro favor tomemos y traigamos testimonio de las gentes cuando tenemos que hacer con personas que no se satisfacen con el de

Dios, que son como los flacos ojos, que no pueden sufrir el resplandor del sol.

Sirven tambien para amonestarnos y dar ejemplo; que si entre los gentiles hubo tantos singulares ejemplos de virtud, qué será razon que haya en nosotros? Que por ser cristianos y discípulos de nuestro maestro Dios, por la luz de la religion y cristiandad que profesamos, tenemos grandísima obligacion á bien vivir.

Allende de todo esto, enséñannos á bien hablar, y nos dan á entender las cosas del mundo, y nos muestran á juzgar prudentemente dellas; de todo lo cual algunas veces tenemos necesidad.

La erudicion (que por no ser vocablo más recibido en castellano, llamamos siempre *doctrina*) se puede decir que se labra ó edifica con tres instrumentos: con ingenio, con memoria y cuidado. El ingenio se adelgaza con el ejercicio. La memoria se acrecienta usando y aprovechándose hombre della.

Lo uno y lo otro se debilita con regalos, y convalece y esfuerza en la buena y sana disposicion. La ociosidad y flojedad los destierran, los ejercicios nos los traen á nuestro mandar debajo nuestra mano.

Si lees ó oyes, hazlo atentamente; no derrames el entendimiento, mas fuérzale á estar en lo que hace y en lo que tiene delante, y no otra cosa.

Y si se sale de camino, llámale sin hacer ruido, y guarda los pensamientos que son fuera del estudio para otro tiempo.

Sábete que pierdes tu tiempo y tu trabajo si no estás atentamente en lo que lees ó en lo que oyes.

No tengas vergüenza de demandar lo que no sabes, ni de aprender de quien quiera; de lo cual nunca se corrieron los hombres señalados, ántes la tienen de no saber ó de no querer aprender.

No te precies de saber lo que no sabes; mas preguntalo á los que crees que lo saben.

Si quieres parecer sabio, trabaja de serlo, que no hay camino breve, como de ninguna otra manera harás más fácilmente que te tengan por bueno que si lo eres.

En fin, en todas cosas trabaja de ser tal cual deseas parecer; que de otra manera, muy en vano es tu deseo.

El tiempo descubre lo que es falso y fingido, y da fuerza á la verdad; que, como dicen, no hay mentira que no se descubra.

Sigue á tu maestro, no quieras adelantarte, créele, déjate llevar, no le contradigas.

Amale en lugar de padre, recibirás muy gran provecho si creyeres que no puede faltar de ser verdad lo que él te dice.

Mira que no tornes á caer en el error por que una vez ó dos te han castigado; trabaja que aproveche haberte emendado.

No hay cosa de que más te hayas de acordar que de aquellas en que has errado, por no tornar otra vez á caer en ello. Quien quiera puede errar, mas sólo el necio es el que persevera en el error.

Sabe que no hay sentido ninguno por quien más presto y más ligeramente seamos enseñados que por el oír. Así, no hay cosa que sea más provechosa; porque veas cuán á la mano nos pone Dios lo que nos cumple.

No te des á oír liviandades ó cosas necias y de bur-

la; ántes oye lo que es de veras, prudente, grave y de importancia.

Con tanto y tan grande trabajo se aprende lo uno como lo otro; siendo el provecho tan diferente y desigual de las unas cosas á las otras.

No te fatigues en responder mucho, sino en responder bien, á tiempo y en sazón. La comida y la cena sea en compañía de hombres de quien puedas aprender, tales, que con su dulce y sábia conversacion te alegren y te enseñen.

A chocarreros, truhanes, habladores, testarudos ó alocados, mentirosos, bebedores y otros semejantes, que ó con hechos ó palabras mueven á risa, no les hagas honra de asentarlos á tu lado; despréciate de holgarte con ellos; ántes te regocija en conversacion aguda y alegre.

Guárdate, no solamente de decir cosas torpes, mas aun de oirlas; pues los oidos son como unas ventanas en el ánimo, acordándote del dicho de san Pablo: que dañan las buenas costumbres.

En la tabla ó en cualquiera otra parte escucha con diligencia lo que cada uno dice; que si quieres, en tu mano está sacar dello provecho.

Que de los sabios tomarás doctrina para ser mejor.

De los necios y groseros podrás aprender á ser más cauto y avisado.

Sigue lo que los sabios aprobaren. Huye de lo que los necios alaban, pues no pueden acertar sino por dicha.

Si ves que los hombres cuerdos y avisados precian y alaban un dicho por agudo ó grave, sabio, ingenioso ó de el palacio, tenle en la memoria para servirte del cuando viniere tiempo.

Ten un cuaderno aparte, en que notes si leyeres ó oyeres alguna cosa dicha graciosa ó elegante ó prudentemente, ó algun vocablo raro ó exquisito, bueno para la plática comun, lo cual tendrás guardado para servirte cuando lo hubieres menester. Trabaja de entender, no solamente las palabras, mas principalmente el sentido.

Ten costumbre de platicar y contar lo que lees ó lo que oyes, á aquellos con quien aprendes en latin, ó á otros en tu natural lengua, y trabaja de contarlo tan elegantemente y con tan buena gracia como lo oiste, y así ejercitarás el ingenio y aprenderás á bien hablar.

Has de tratar mucho la pluma, que es la mejor maestra del mundo, y que más presto y mejor enseña á bien hablar.

Escribe, traslada, responde por escrito muy á menudo, y nota de dos á dos dias, ó por lo ménos de tres en tres, una carta á alguno que te responda, y la que escribieres muéstrala á quien te la enmiende, teniendo memoria de todo lo que te corrige, por no tornar otra vez á caer en ello.

Despues de comer ni de cenar no estudies: acabando de comer, lo mejor es estar asentado, hablando ó oyendo alguna cosa de recreacion, ó si jugáres á algun juego, sea blandamente, sin sacar al cuerpo de su reposo conveniente.

Despues de cena (la cual en todo caso quiero que sea muy templada y muy arreglada) irte has á pasear con un amigo docto, alegre y regocijado, con cuya

conversacion te huelgues, y trabaja de remedarle, é imitar con buena gracia lo que dice y lo que entiende.

Entre cenar y dormir te torno á amonestar que no bebas; que no hay cosa más dañosa para el cuerpo, para la memoria ni para el ingenio; y si la sed te fatigáre, bebe poco, sea buen rato ántes de dormir.

No dejes reposar la memoria; que ella se huelga que la trabajes y te sirvas della, y así se mejora y acrecienta.

No pase día en que no le encomiendes á guardar alguna cosa.

Cuanto más le encomiendes, tanto lo guardará mejor y con mayor lealtad; cuanto ménos te sirvieses della, tanto será más desleal.

Cuando le hubieres encomendado alguna cosa, déjala un poco reposar, y torna despues á demandarle cuenta de ella.

Si quieres aprender algo, léelo de noche cuatro ó cinco veces con grandísima atencion, y vuelve de mañana á demandarlo á la memoria.

Guarda de beber vino demasiado, guarda de tener crudo el estómago, guárdate de el frio, principalmente en la cerviz.

El vino es sepultura de la memoria.

Una cosa muy encargadamente os encomiendo, que es la mejor y más provechosa del mundo, y es, que poco ántes de iros á dormir os retrayais aparte, y estando sentado solo, trayais á la memoria todo lo que habeis leído, lo que habeis oído, y principalmente lo que habeis hecho aquel día, pidiéndoos de ello por extenso muy particular cuenta.

Si habeis hecho alguna obra de virtud y de estima, con templanza, con buen seso, con cordura, gozáos, reconociendo que es merced de Dios, y dadle gracias, con propósito de perseverar en el bien y pasar más adelante. Si habeis hecho alguna cosa fea, mala, sin templanza, ó necia, ó que merezca ser vituperada, sabed que todo salió de vuestra malicia; reconoced el mal, aborrecedle, arrepeñidos dél; pedid á Dios perdon, buscad camino para enmendaros, sed cierto que le hallaréis.

Si habeis leído ó oído aquel día alguna cosa elegante, docta, grave ó santa, guardadla bien en la memoria. Si habeis visto alguna buena obra, procuradla de imitar, y si vistes alguna mala, tomad aviso y guardadvos della.

No se os pase día en que no hayais leído ó oído ó escrito algo con que se mejore y acreciente la doctrina, el juicio ó la virtud.

Cuando os vais á echar, leed ó oid alguna cosa que merezca que os acordeis della, en la cual podais soñar con placer y con provecho, para que áun durmiendo, entre sueños aprendais y mejoreis.

En el estudio de la sabiduría nunca habeis de poner término, no se ha de acabar ántes de la vida. Tres cosas hay que ha el hombre de pensar, y en que se ha de ejercitar mientras vive: en saber bien, y en bien hablar, y en bien obrar.

Destierra de tus estudios la arrogancia, no tomes presuncion de lo que sabes, porque todo cuanto sabe el más sabio hombre de el mundo es nonada en com-

paracion de lo que le falta de saber. Muy poquito es, muy obscuro y muy incierto todo cuanto los hombres en aquesta vida alcanzan; y nuestros entendimientos, detenidos y presos en esta cárcel de este cuerpo, están oprimidos en grandísima obscuridad, tiniebla é ignorancia, y el córte ó los filos del ingenio son tan botos, que no pueden cortar ni pasar sobre haz de alguna cosa.

Allende desto; la arrogancia hace que no puedas aprovechar en el estudio; que creo que ha habido muchos que han dejado de ser sabios, y que pudieran llegar á serlo si ellos no se dieran á entender que ya lo eran.

Tambien os habeis de guardar de porfias, de competencias, de menospreciar ó retraer lo que otros saben ó no saben, de desear vanagloria; pues para esto principalmente se siguen los estudios, para que nos muestren á huir destes vicios y de otros semejantes.

No hay en el mundo cosa que dé tan gran placer y alegría como saber muchas cosas, ni hay en el mundo ninguna de tan gran provecho como venir á entender y conocer la virtud.

Los estudios dan sazón y gusto á la alegría, amansan y consuelan la tristeza, refrenan los ímpetus locos de la mocedad, alivian la pesadumbre de la vejez, en casa ó fuera de casa, en público ó en secreto, en la soledad ó en la plaza, en la ociosidad ó en los negocios, siempre os acompañan; están presentes, os guían, os sirven y os ayudan. La doctrina es un verdadero mantenimiento del ingenio, con que se mantiene y se sustenta; tanto, que es grande sinrazón tener cuidado de mantener el cuerpo, teniendo el ánimo hambre y necesidad de mantenimiento. Este manjar de el ánimo da verdaderos deleites, trae gozos y regocijos firmes y perpetuos, que naciendo los unos de los otros, y renovándose entre sí, jamas nos dejan ni nos cansan.

CAPITULO VII.

De la virtud.

La virtud se toma en dos maneras: la primera y principal, en cuanto es fin de todas las cosas, que es cumplida y singular perfeccion de nuestra naturaleza. Y así se llama sumo bien y bienaventuranza, en que sin mezcla de trabajo ni de pesadumbre consisten deleites y gozos perpetuos é infinitos, que nacen del verdadero conocimiento y bienaventurada contemplacion y amor de Dios, que él mismo nos da, premia y corona por su infinita bondad, dándonosnos á sí mismo para cumplimiento de la perfeccion á que aspiramos.

Esta singular virtud, como quiera que acá alcancemos tan poco della, y como ella consista en perfeccion, ni los hombres la pueden enseñar ni dar de gracia; solamente, sin nosotros merecerlo, se da por la infinita misericordia de Dios, y por su inmensa gracia, de quien con grande humildad la hemos de pedir. La segunda virtud es la que se emplea en los ejercicios comunes de la vida, y se gana en buenas obras, y consiste en una costumbre ó habituacion, que casi se torna en naturaleza con el ejercicio de obrar conforme á la razón, cuando la voluntad, domadas las pasiones del ánimo, la sigue; desta bien se dan reglas y avisos excelentes,

con que se ayudan mucho á refrenar los desordenados apetitos.

CAPITULO VIII.

De las pasiones que se llaman afectos ó turbaciones.

El verdadero estudio, que es fin á que se han de enderezar todos los otros estudios, y en que consiste el singular premio dellos, es el de aquella filosofía que da remedios del ánimo.

Que si de curar el cuerpo tenemos gran cuidado, tanto mayor le habemos de tener de curar el ánimo, cuanto sus enfermedades son más secretas y peligrosas.

No sin causa se llaman estas enfermedades, tormentas, tempestades, fatigas, tormentos, heridas, fuegos, furias del ánimo, que nos ponen en grandísima miseria y nos dan increíbles dolores cuando reinan; y por el contrario, nos dejan en grandísimo reposo y bienaventuranza cuando están mansas y sujetas.

Aquí va á parar todo cuanto hombres de grandísimo ingenio y de doctrina han con singular agudeza descubierto y dejado por escrito, tratando esa materia de vida y costumbres.

En esto consiste el galardón de los trabajos que se toman en las letras; éste es el fruto verdadero de los hombres letrados: no ganar aquella singular alhaja del conocimiento de muchas cosas, para que se maravillen de él las gentes ó para que le tengan en mucho; sino que traya y aplique lo que sabe al uso comun de la vida de todos, principalmente para enmienda de la suya, que no sea como la tolva del molino, por donde, sin quedar nada, se cuele todo el grano; ó como bujeta, de donde otros vayan á sacar lo que quieren, sin aprovecharse ella de su tesoro.

Y lo que trabaja la doctrina y religion cristiana es, que una honesta, mansa y apacible serenidad (amansada la tormenta de las pasiones) alegre y regocije y ensanche los ánimos humanos, y con un sosiego y tranquilidad de ánimo seamos semejantes á Dios y á los ángeles.

Los remedios para todas estas enfermedades, ó los hemos de sacar de la consideracion de todas las cosas deste mundo y de nosotros mismos, ó vienen de parte de Dios, ó se han de tomar de la doctrina y ley de Cristo y del ejemplo de su vida.

La naturaleza de todas las cosas es incierta; que en un momento se va de entre las manos. Nunca cesa de dar vueltas, quitando unas cosas y dando otras; hace que al fin todas sean bajas y perecederas, sino es el ánimo, que es cada uno de nosotros, ó á lo ménos (ya que así no lo queramos) es nuestra parte principal; todo lo demas (dejado el ánimo), ¿quién dirá que es suyo, pues tan fácilmente pasa y vuela de uno en otro?

Todo cuanto ahora poseemos, ciertamente hemos de creer que no es nuestro, sino que lo tenemos de prestado.

Así que, es grandísima falta de seso y una gran locura, que se habria de castigar con gran pena, hacer mal alguno por cosas tan ajenas, tan bajas y de poco precio.

No se precie nadie por los bienes del cuerpo ó de fortuna que le cupieron en su suerte, pues le han de du-

rar tan poco tiempo, y este poco áun es incierto; pues estos bienes no son propios, sino ajenos; y ya que nos los dejen por nuestros, acabarse han, á lo más tarde, con la vida, y muchas veces ántes.

Pues lo que nos dan prestado, ¿por qué hemos de tener pesar que nos lo pidan? ¿Por qué no habrá un reconocimiento de dar gracias por el tiempo en que nos dejaron usar dello?

¿No es ingratitud intolerable, si uno te hizo una merced, pensar que te hace afrenta porque no te le dejó de juro perpétuo; y que no mires el bien que has recibido, y cuánto tiempo te duró, sino que tengas el ojo puesto en lo que te dejaron de dar, y solamente cuenta con el tiempo en que te lo quitaron?

Créeme, no te regocijes mucho si á tí ó á tus amigos les cabe mucha parte destes bienes que se reparten por fortuna; ni te alegres porque los pierdes tu enemigo, pues hay en esto tanta brevedad é incertidumbre, que las más veces está el triste lloro á las puertas de la alegría vana.

No pierdas la esperanza, ni te congojes ó estreches el ánimo, cuando la fortuna te es contraria; porque ni has de hacer hincapié en esto, y caso que le hicieses, muchas veces las tardes alegres vienen despues de las mañanas tristes.

Pues de nuestros cuerpos cuál es el estado? ¿cuál es su condicion, siendo hechos de una tan vil masa, de un bajo principio? ¿Qué cuenta podemos hacer de nuestra vida, siendo tan frágil y dudosa, estando rodeados de tantos peligros? Y cuando por un poco de tiempo fuese cierta, es cierto que no ha de durar mucho. Siendo, pues, nuestra vida tan incierta y flaca, ¿qué tenemos por que tanto nos embrazcamos?

Y pues esta breve vida no es otra cosa sino un camino para la otra perdurable, y para acabar esta jornada tenemos necesidad de tan poco, ¿por qué nos fatigan y nos traen al retortero, ó por qué nos sacan de paso estas vanidades que en ninguna parte permanecen? ¿Por qué nos hacemos esclavos de codicia, pues las cosas por venir son tan inciertas, y las presentes se contentan con una nonada?

¿Oh bienaventurado el que solamente desea lo que está en su mano de alcanzar! ¿Oh, cuán trabajosa servidumbre es desear lo que no está en nuestra mano!

Pues cargar destes dones de fortuna, ¿qué otra cosa es, sino embarazar al pobre peon con grande hato?

¿Quién es tan tonto ó fuera de sentido, que no haga sus aprestos para en la ciudad á donde va y piensa residir de estancia, ántes que para el camino?

Pues esta nuestra vida es tan breve y así se nos va de entre las manos, ¿hemos de consentir que se pierda la mayor parte della en pasiones? Que claro está que no vivimos cuando los afectos y perturbaciones nos traen al retortero, especialmente cuando el temor de la muerte nos fatiga.

La cual, como por infinitas causas sobrevenga y se acerque, no la hemos particularmente de temer por esta causa ó por la otra; y pues es cierto que por tantas partes viene, ¿para qué te estás, loco, fatigando en pensar si viene por aquí ó si viene por allí? Y pues necesariamente ha de venir, no hagás cosa que no debas por huir

della, ni te entristezcas. Cuando se acercáre, muéstrale buen rostro, pues no te ha de aprovechar volverle.

Siendo esta vida tan llena de trabajos, congojas y desventuras, qué hay en ella por que la queramos dilatar? Si caminamos para la otra, que es eterna y abundante de todos los verdaderos bienes, tomemos el camino más derecho y más cierto que nos lleve.

Así que, es mi conclusion, que más nos atormentan y fatigan nuestras falsas y erradas opiniones, que los males que tanto tememos; pues no tenemos ni por malo ni por bueno aquello que en realidad de verdad lo es.

La naturaleza, ó el sér, ó el verdadero precio de las cosas, por el cual las hemos de juzgar, es el que pusimos al principio; en donde claramente se ve que no hay cosa de estima, ni que merezca ser amada, ni que se haya de tener por nuestra, excepto la virtud.

Mas nosotros en el consejo de nuestro ánimo acogemos al amor de nuestro cuerpo, y dejada la razon, tomamos por consejera la codicia de las cosas desta vida, que otros llaman el amor nuestro.

Éste es el que debilita y afemina los ánimos varoniles, y los entenece tanto, que no hay cosa tan pequeña ni tan flaca, que no los hiera y los llague, y pase (como dicen) de una parte á la otra las entrañas.

De aquí viene la ceguedad á la vista de nuestro entendimiento; y cuando ya una vez comienzan las pasiones á reinar, luégo (como á señoras) las tratamos bien, las regalamos, y halagándolas, las entretenemos, hasta que del todo venimos á obedecerlas.

Así tomamos por propio lo que ni es nuestro ni nos toca, y lo detenemos, si no podemos de otra manera, hasta asirlo y defenderlo con los dientes; y si nos lo quitan, damos gritos y nos fatigamos. Y lo que verdaderamente nos toca y lo que es nuestro, tenemoslo en muy poco y dejámonos dello; huimos de lo que nos puede aprovechar, como si hubiese en ello el mayor mal del mundo; y con gran placer nos abrazamos con lo que nos daña, como si en ello nos fuese la salud.

Los males ajenos nos parecen muy livianos; los nuestros, no siendo mayores, juzgamos por intolerables; y estando siempre quejosos y descontentos, nuestros mismos deseos, y lo que los otros quieren, nos enojan. Ya nos descontentamos de nosotros mismos, ya nos aborrecemos, ya este mundo con sus leyes no nos satisface; y como no sabemos lo que nos queremos, el sér y la naturaleza de las cosas querriamos que se mudase y que se trocase de alto abajo. Tal es el poco sufrimiento que nace de este nuestro desordenado regalo.

¿Qué tormentos puede la crueldad del mundo inventar, que se hayan de comparar con éstos? No son sin duda otros los que principalmente atormentan á los que en la otra vida padecen. Y el castigo con que los demonios padecen mayor desventura es con la soberbia, con la envidia, con el aborrecimiento, con el enojo.

Es de ver los gestos de los que están apasionados. ¡Qué mudanza que hacen! Cuán congojosos que están! ¡Cómo no les alcanza el huelgo! ¡Cuán terribles y espantosos que se muestran! Veis esto? Pues mucho mayor es la turbacion que pasa el ánimo que la que el cuerpo muestra y siente. Entre todas las pasiones, la ira es la más recia y la que más espanto pone, y la que peor parece en

un hombre. Muda la naturaleza de hombre en una fiera espantosa.

Toda turbacion oscurece la claridad del ingenio y embota el juicio; mas la ira trae consigo tan grandes tinieblas, que ni puede el hombre ver la verdad, ni lo que le cumple, ni lo que le está bien.

Roe y carcome el corazon, fatiga y aflige la salud, fuérganos á hacer cosas de que luégo nos hemos de arrepentir. Allende desto, ved cuán feo se muda el gesto, cómo se encienden los ojos, cómo se pone el rostro blanco y amarillo, cómo tartamudea la lengua, qué alboroto que hay de todas partes; tanto, que no sin causa dicen que el que estando enojado se miró á un espejo, no se conoció.

Esta esquizvez de rostro, esta recia de palabras, esta crueldad de hechos, quita al hombre toda la autoridad que tiene, y le hace malquisto; los amigos huyen, los que le topan se apartan; todos le aborrecen y dicen dél mil males.

Por esto hemos visto en varones excelentes que de ninguna pasion huyeron tanto, ni disimularon otro tanto, como la ira y las obras de enojado; tanto, que del todo se hayan puesto en resistir á su naturaleza, y al fin la hayan vencido y hecho fuerza. Porque, si bien consideráramos, ¿qué cosa más de burla puede ser y más de reír, que un animalejo tan flaco y tamaño se embravezca y enloquezca tanto, y que levante tantas y tan espantosas tragedias por cosas tan viles y de poco precio, como son las que nos tocan al cuerpo, ó como son las cosas de fortuna, y aún si viene á mano, por una liviana palabrilla?

El verdadero y singular remedio que hay para amansar y domar muy fácilmente la ira, es, si os dais á entender y os persuadís y creéis muy firmemente lo que ahora yo os diré, que es grandísima verdad; y es, que ni por lo que toca al cuerpo, ni por los bienes de fortuna, ni por el dicho de las gentes, realmente no os puede todo el mundo hacer injuria ó agravio que os toque, ni hay debajo del cielo cosa que sea bastante á perjudicaros, cuando no os tocan en el ánimo, al cual ninguno puede dañar sino vos mismo, consintiendo que entre en él el vicio. Estos remedios son los que toma el hombre para sanar destas enfermedades de sí mismo y de la naturaleza de las cosas. Ahora nos hemos de levantar más alto á buscar los remedios de que Dios nos ha proveído, aunque es verdad que lo uno y lo otro es de su mano; pero esto que vamos á decir se ve más claro y se conoce por más propio suyo.

CAPITULO IX.

De la religion.

El mayor bien que se nos pudo hacer, y el más excelente dón que á los hombres se pudo dar, fué la religion, que es conocimiento y amor de Dios, Señor y Padre de todo el universo mundo.

Con nadie muestra Dios más su liberalidad infinita, que con aquellos á quien él enseña cómo quiere ser servido. Por esto el salmista, entre las singulares mercedes que Dios hizo al pueblo de Israel, pone: «El que denuncia sus palabras á Jacob, sus establecimientos y

justicias á Israel.» No ha hecho esto con toda gente, y no les hizo conocer sus juicios.

La religion es la que nos da á conocer á Dios; si le conocemos bien, es imposible que le dejemos de amar. Dios sólo es Príncipe y Hacedor y Señor de todo el universo; que es omnipotente y sapientísimo, á quien nada se le esconde.

Este mundo es como una casa suya, ó por mejor decir, como un templo; él le sacó á la luz de nonada, y le crió en esta grande y compuesta hermosura que le vemos, por lo cual le llamamos mundo.

Él es el que le rige y le gobierna; y no siendo bastante la naturaleza de las cosas, él le entretiene, no con menor milagro que hizo en criarle.

Y como en una casa bien gobernada de un prudente padre de familia no se hace nada sin que él lo mande, así en este mundo ninguna cosa se hace sin el mandato de Dios, nuestro Señor, cuyo poder y saber es infinito.

Así se debe creer que él tiene cuidado de los ángeles, de los demonios, de los hombres, de los otros animales, de las plantas, de los cielos, de los elementos, y que todo le obedece, y que ni se hace nada, ni se mueve ni acontece, ni aún se levanta una pajuela ni vuela una plumilla, sin que él primero lo ordene y mande.

Hase de tener por cierto que su querer ó su mandar es la ley puesta en el mundo, y es la propia y la que llamamos natural, que todas las cosas siguen, sin que en ellas haya caso ó fortuna ó suerte; y que todo lo que hace es con saber y justicia infinita, aunque sea por caminos que nosotros no alcanzamos. Crea cada uno que si él quiere ser bueno, todo cuanto le sucede, agora le parezca mal ó bien, todo se endereza á su provecho, no al del dinero ó de cosas de este mundo breve, sino á la utilidad de la salud en la otra vida eterna y bienaventurada. Así que, todo lo que en este mundo nos viniere, como cosa que sin falta viene de la mano de Dios, lo hemos de tomar con buen ánimo y recibirlo con buen rostro, y tenerlo por bueno alegremente, porque no sea que por no alcanzar nosotros, ó deseando lo contrario, ó no juzgando dello como debemos, parezca que dejamos de tener por bueno el consejo y determinacion de Dios, y que dejamos de aprobar y seguir la voluntad de quien es justísimo y sapientísimo gobernador de todas las cosas.

Y es justicia y es razon, y cosa que se debe á Dios, que le estemos sujetos y obedientes, y que loemos y tengamos por bueno todo lo que él hace.

Mas nosotros, como niños, no sabiendo lo que nos es mejor, lloramos porque no nos dan el cuchillo con que nos podemos degollar, y huimos de lo que nos es bueno, como si ello nos hubiese de destruir; tanto, que muchas veces el mayor mal que nos podria venir es si se cumpliesen nuestros deseos. Y como andamos tan ciegos, en tan grande oscuridad y error, proveyó Dios que no hubiésemos de tener cuidado de otra cosa sino de seguir el camino en que nos puso, sin desviarnos dél, reservando á su cargo todo lo demas. Queramos ó no queramos, de ejecutar se tiene lo que Dios, gobernador de esta gran casa, ordena de nosotros. Pues allí donde hemos de ir, ¿por qué queremos más que nos lleven llorando y arrastrando de los cabellos, que dejarnos llevar con alegría á nuestro paso? Ciertamente quien es amigo de

Dios obedece y sigue la ley y voluntad de su amigo.

Ésta es la principal manera que se ha de tener en el amar á Dios, como dice Cristo: «Vosotros seréis mis amigos, y yo os tendré por tales si hiciéredes lo que yo os mando.»

Jesucristo, hijo unigénito de Dios todopoderoso, que es verdadero Dios y verdadero hombre, es el que hace la paz entre Dios y el género humano, y es autor de nuestra salud y redencion, á quien para este efecto Dios Padre envió cuando á él le pareció tener misericordia del linaje humano, que con incomparable daño suyo tenía enemistad con él.

¿Qué mayor mal, ó más pestilencial, ó de mayor destrucion se pudo inventar ó hallar, que apartarse el hombre por el pecado de Dios, fuente de donde todo bien nace y perpetuamente mana, y caer en una tan dañosa miseria y desventura, y trocar una vida dulcísima y bienaventurada por una muerte amarga y miserable?

Entre otras cosas, Cristo, nuestro Señor, vino para enseñarnos un derecho camino, en el cual puestos, caminásemos á Dios, sin apartarnos de él un punto. Enseñónos Cristo aqueste camino, y nos le declaró con sus palabras y santísima doctrina. Con el ejemplo de su vida mostró cómo se habia de caminar, y le desembarzó y fortificó y hizo seguro.

Todo el saber humano, comparado con nuestra cristiana religion, es como ciego y pura ceguedad y locura.

Todo cuanto entre los gentiles se lee grave ó prudente, sábia, santa ó religiosamente dicho; todo lo que con gran admiracion, con gran favor y grita ellos reciben; todo lo que de ellos se alaba y se aprende de coro y se levanta hasta el cielo (oh, válgame Dios!), ¿cuán sin comparacion más sencilla y llana y descubiertamente, por cuán más derecho y breve y fácil camino nos lo muestra la cristiana religion? En cuyo conocimiento consiste la verdadera y perfecta sabiduría, y en vivir como ella ordena consiste la perfeccion de la virtud; mas no alcanza nadie verdaderamente á conocerla, sino quien vive conforme á ella. La vida de Cristo da testimonio de su bondad y virtud humana; sus milagros nos prueban su omnipotencia; su ley nos muestra la celestial sabiduría, para que aún la bondad con su ejemplo nos convida á imitarla, la autoridad nos fuerce á obedecer, la sabiduría nos convenza á creer, la bondad saque de nosotros amor, la majestad servicio, la sabiduría fe.

Si miramos con atencion y diligencia lo que Cristo nos mandó, á la fin hallarémos sin falta ninguna que todo ello se refiere á nuestro provecho. De manera que no hay nadie que cuando firmemente cree, no sienta en sí grandísimo bien y mejoría.

Así como á un hombre no se le puede hacer mayor placer que cuando algun amigo se pone en sus manos y se encomienda en él y se fia en él de todo punto, así tampoco no podemos hacer cosa en que más sirvamos á Dios. El fundamento de nuestra salud es creer que Dios es Padre, y su Hijo unigénito es Jesucristo, legislador que nos pone en amistad con el Padre, y del uno y del otro es espirado aquel Santísimo Espíritu, sin el cual ni hacemos ni pensamos cosa que se levante del suelo, ni cosa que nos pueda aprovechar.

El verdadero servicio que á Dios se hace es acabar